



DAVID SIMON: *HOMICIDIO*

Estudio de una sociedad enferma

Página 3



CONTRATAPA

La cama, un relato de Luis Soto

Página 4


télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 196 | JUEVES 3 DE SEPTIEMBRE DE 2015

La última felicidad
narrada de manera admirable



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El ensayo *Destruir la pintura* (Fiordo), una de las primeras obras del filósofo Louis Marin —considerado el secreto mejor guardado del pensamiento francés de la segunda mitad del siglo XX— profundiza sobre la posibilidad de un discurso verbal y un análisis del discurso visual, basado en dos pinturas históricas: la clasicista “Los pastores de Arcadia”, de Nicolas Poussin y “Cabeza de Medusa”, del precursor del

barroco, Caravaggio. El libro (la primera edición es de 1977), es una cantera de hipótesis sobre el análisis de la imagen que, en tiempos donde lo visual es sinónimo de hegemonía cultural, recobra vigencia al abordar la relación de las imágenes con la verdad, su posibilidad de atestiguar el paso del tiempo, de la conciencia de muerte en el espectador y de la propia constitución de hombres y mujeres como sujetos.



La última felicidad

narrada de manera admirable



← OVIDIO QUIROGA

Lo primero que hay que decir es que Mempo Giardinelli es uno de nuestros grandes escritores. Premio Rómulo Gallegos 1993 por su novela *Santo Oficio de la Memoria*, traducida a más de 25 lenguas y autor de textos inolvidables como *La resolución en bicicleta*, *Lama calinto* e *Impulsible equilibrio*, Mempo Giardinelli escribe además una columna en el diario *Página 12*, en la que expone sus opiniones políticas con lucidez y enorme honestidad intelectual.

La última felicidad de Bruno Fólner es la primera novela que publica en los últimos once años. No es un dato menor, porque Mempo, a diferencia de otros escritores, se toma todo el tiempo del mundo para trabajar sus textos. El resultado, entonces, es una fiesta para el lector. Porque no hace falta decir que una buena historia muy bien escrita es la esencia de la literatura. Y eso es lo que viene haciendo Mempo a lo largo de toda su carrera: buscar el lenguaje adecuado para cada narración, encontrar el ritmo que requiere lo que se cuenta y corregir el texto hasta en los detalles más mínimos.

La última felicidad de Bruno Fólner parte de una fantasía universal, la de vivir otra vida. Y no porque la que uno tiene no sea buena dentro de la mediación de cualquier existencia, sino más bien por ese humano afán de vivir diversas experiencias. Bruno, el protagonista, aprovecha un golpe fuerte que recibe, o que él mismo produce, para dar un giro completo a su existencia. Y a los sesenta años comienza un experimento en el que muchos piensan en retirarse, emprende una aventura en la que no está ausente el amor. Bruno Fólner es el nombre que ha elegido para nacer otra vez. Antes se llamaba de otra manera y convivía con su mujer y sus



LA ÚLTIMA FELICIDAD DE BRUNO FÓLNER. MEMPO GIARDINELLI SE TOMÓ ONCE LABORIOSOS AÑOS DESDE SU ÚLTIMA NOVELA PARA VOLVER A PUBLICAR.

hijos. Pero lo que ocurrió fue demasiado grave, y a partir de ese hecho, que conviene no develar, Bruno determinó la muerte de G.R., las iniciales de su nombre anterior, y recaló en la brasileña Praia Macacos. ¿Huye de algo? ¿Es culpable de lo que pasó? ¿Tiene derecho a alejarse de su país y dejar afectos y obligaciones? Las respuestas están en la novela. Pero también tiene que responderlas el lector. Estoy entre los que creen que hay que intentar acercarse a la porción de felicidad que nos toca aún cinco minutos antes de la muerte. Y también estoy convencido de que el amor puede llegar en cualquier momento y que dejarlo pasar es un verdadero atentado a nosotros mismos.

La novela de Mempo Giardinelli, como toda la buena literatura, tiene una generosa zona de ambigüedad. El protagonista de *La última felicidad* es el invitado de convertirse en otro. Y en ese punto el escritor regresa a una idea que ya aparece en varios de sus cuentos: la de la fuga. Tam-

bién en la novela hay otra perspectiva de la muerte, donde el crimen es dudoso que sea crimen. En definitiva, ni nada es lo que parece ni tiene una sola lectura. *La última felicidad* de Bruno Fólner, que se lee de una sentada por el interés que despierta la trama y por la admirable prosa del autor, cabala sobre temas universales, pero no por eso abandona la singularidad de personajes que nos siguen acompañando aún después de finalizada la lectura.

Bruno Fólner, además, es escritor. Y cada tanto desliza opiniones sobre el oficio que sería difícil no compartirlas. Por ejemplo: “La literatura universal se degradaba, además, hasta devenir intento fácil de trascendencia, torso de vanidades demasiado competido, textualidad playita como de banco de arena, y él allí no encontraba un lugar aunque él era un hombre ya de avanzada en la publicación de algunos de sus libros. Había llegado a la conclusión de que sobraban escritores en el mundo. Demasiados. Plaga en expansión. Y pocos grandes poetas. El mundo estaba jodido”.

La otra reflexión que provoca

La última felicidad de Bruno Fólner tiene que ver con el erotismo. Es ridículo pensar que el erotismo solo es la pura la genitalidad. Una vida erótica supone una apuesta por ciertas variantes del placer: como disfrutar con lo que uno hace, elegir una buena lapicera para escribir o deleitarse con un buen libro. El que llega a la cama con una vida satisfeca llega mucho mejor. Saber amar es básicamente saber vivir. Y por favor que nada de esto se confunda con el abominable género de autoayuda. Bruno Fólner ha hecho en su vida lo que él creía que debía hacer. Pero no escapa a la historia de su país. Cuando a un argentino alguien le nombra una pastilla de diamante enseguida la asocia con las que llevan algunos militantes para matarse antes de caer en las garras de los grupos de tareas de la última dictadura. Llegó a pensar que el mundo entero hace Bruno Fólner, es una marca de época. El disfrute sexual puede ser real o formar parte de un sueño en la novela de Mempo,

pero la pastilla es la marca de un tiempo que se hace visible en los momentos menos pensados. La generación de Bruno Fólner, que es la misma que la mía, todavía se estrema frente a un uniforme. Los símbolos de la muerte no terminan cuando llega la democracia. Persisten en la memoria aunque en el predio de la ex Esma tengamos la dicha de ver a jóvenes melendos y barbudos busiéndose a plena luz del día. Muchos de nosotros jamás le perdonaremos a la dictadura que nos haya robado la fiesta de la juventud. A otros les robó la vida, y eso es mucho peor. Bruno Fólner, en esta novela imprescindible, percibe la inminencia del final. Y sabe que siempre vale la pena apostar a una última felicidad. Porque si nos toca partir, nada mejor que hacerlo saciado de vida. La ilusión de ser otro, de tener un cuerpo diferente y de ser hijo de un país que a menudo le quitó los sueños, impulsa a Bruno a actuar. Es un gesto que lo transforma. Nadie le podrá quitar lo bailado. Bruno sabe que la vida es una sola. Quizá nunca tuvo tanta como en esa felicidad casi postrera.

En *Siete casas vacías* (Páginas de Espuma), el libro de cuentos de Samanta Schweblin, las acciones de los personajes parecen situarse en un lugar desacomodado, a veces determinado por la manera de focalizar en alguien o algo en especial, un desajuste de la mirada que la autora considera su "escritura más auténtica". "Siempre extraño esa zona de oscuridad que a veces hay en la vida real, me

parece que siempre estamos decidiendo qué está bien o está mal, qué es posible o qué no, qué es normal o no. Siempre estamos recortando la realidad y dejando fuera un espacio enorme que también es real, es parte de nuestro mundo pero por alguna razón es más fácil no mirarlo, quizás no podamos contarlo", cuenta Schweblin a **Télem**. El libro recibió el IV Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero.



Homicidio, de David Simon Estudio de una sociedad enferma



LEONARDO HÜBNER

Homicidio. *Un año en las calles de la muerte* (Principal de libros, 2010, 1991 en Estados Unidos), de David Simon, son las vivencias del creador de la serie televisiva *The Wire*, quien compartió con la Unidad de Homicidios de Baltimore, Maryland, el periodo completo correspondiente a 1988, en el que hubo 250 asesinatos. Simon no sólo describe los crímenes en las calles, sino la degradación de una sociedad atrapada por un capitalismo que denigra y avista a gran parte de la población (obviamente, a la de bajos recursos), sociedad atravesada por el odio fundamentalista blanco hacia los hombres de color y los hispanos.

Eso lo podría haber dicho el autor hoy, con las imágenes así frescas de las protestas que se produjeron tras la muerte del joven Freddie Gray, quien murió el pasado 19 de abril en circunstancias extrañas mientras permanecía en resguardo policial, así como lo hizo, con sus palabras, en 1988: eran días en los que Baltimore era una ciudad segregada, diáspora que se apropió de los barrios de color y los dejó en un murmullo aislado. De hecho, la mayor parte de los tiroteos de aquella época en los que estaban implicados policías tenían connotaciones raciales, la prueba más letal de la noción de que, para los barrios negros del centro de

Baltimore, la presencia del cuerpo de policía de la ciudad fue durante generaciones, simplemente, otra de las plagas que tenían que soportar: pobreza, ignorancia, desesperación y policía.

Homicidio. Un año en las calles de la muerte, es un libro que, en realidad, quizá no debería haberse escrito. David Simon, periodista del *Baltimore Sun* en esa época, pide a las autoridades convivir con los detectives, y un "jefezo (el comisionado Edward Tighman)" distraído aprueba su pedido. Simon fue el primer periodista en conseguir acceso sin límites a la Unidad de Homicidios, tratado allí como un ratoncito atrapado en una jaula llena de gatos. La narración sigue a Donald Worden, un inspector veterano con la jubilación en el horizonte; a Harry Edgerton, un inspector negro mirado de soslayo por una unidad mayoritariamente blanca ("ser un inspector negro en Homicidios requería un especial sentido del equilibrio, capacidad para tolerar los exabruptos de muchos colegas blancos, para ignorar los comentarios cínicos y las pallas de hombres para los que la violencia de negros contra negros representaba el orden natural de las cosas"); y Tom Pellegrini, el novato, quien casualmente debe investigar el caso más complicado del año: el homicidio de Latonya Wallace, una niña de once años.

Pero este trabajo de Simon también es la crónica de las súpli-

cas para conseguir uno de los Chevrolet Cavalier asignados a la Unidad, es la mirada del detective en el teléfono que suena a tres minutos del fin del turno, es la borrosidad del papelero, son las "bolas rojas (esos casos que no se resuelven)" en el tablero, es los jefes que más arriba tienen jefes (y por lo tanto, como dicen los detectives, "la mierda siempre va a ir hacia adentro", porque "la verdadera ordoña de cualquier departamento moderno de policía descansa en la adoración de las estadísticas, sin ningún tipo de vergüenza o arrepentimiento. Los capitanes ascienden a comandantes, y luego de coronados pasan a comisionados adjuntos cuando los números son satisfactorios pero cuando no lo son, los jefes se atascan como un desagüe de alcantarilla que traga mal"), es la competencia con las otras unidades para ver quien resuelve más asesinatos, es el papeleo, más papeleo, son las trampas de los abogados, lo elemental de los fiscales y la desidia del jurado ("Puesto que la gran mayoría de la violencia urbana son crímenes de negros contra negros, y que los jurados se seleccionan de entre una población que es negra en un 60 o 70 por ciento, los fiscales de Baltimore van a juicio sabiendo que el jurado va a ser negro"). El ritual de la sospecha histórica de la comunidad negra de que el departamento de policía y el sistema judicial están controlados por blancos"), es la llegada del verano ("la estación de los asesinatos sin motivo, de los cuchillos de cortar

carne con la hoja rota y de las palancas torcidas, es la época en que de verdad se vive peligrosamente, la estación de la venganza inmediata y desproporcionada, el hábitat natural de los treinta y cinco gradados centigrados y de la Discusión que Voy a Ganar"), es el negro y blanco omnipresente ("Es una tarde de verano en el mercado de drogas de Woodland, y de repente un cuerpo que yace en el suelo destapa la caja de Pandora del factor racial. El chico muerto es decididamente negro, y los policías que están de pie observando la escena de crímenes son decididamente blancos"), es la calle que cambió, propiedad ahora de los dealers y sus ejércitos de adolescentes armados, es el darse cuenta de que el Baltimore que era de la Unidad de Homicidios ya no les pertenece, que son mal recibidos y mal mirados en calles que tienen como centro la esquina de Fayette y Monroe, y las torres del lado oeste eran un mundo en sí mismos, ocos torres de decadencia y desesperación que se habían constituido en un supermercado de cocaína y heroína abierto las veinticuatro horas. Y el papeleo como un castigo, siempre.

En 2011 apareció *La esquina* (Principal de libros, 1997 en los Estados Unidos), libro de Simon (escrito junto a Ed Burns) y del cente Ed Burns, que muestra la otra cara de la moneda de Homicidios. Allí está la venta de drogas sin descanso, el barrio tomado en

cada rincón por el trueque rápido entre billetes sucios y mercancía, el Baltimore del este y el oeste, el de los "niggers", que se muere, abandonado por las autoridades locales y nacionales, y el otro Baltimore, el del norte y el sur, entregado a ese dinero que había que legalizar con edificaciones sobreluadas y construcciones de lujo.

Es Baltimore, así que ¡agáchate y esquiva!

Es a partir de esos dos investigaciones, *Homicidio. Un año en las calles de la muerte*, y *La esquina*, que nacería uno de los nuevos mitos de la literatura, esa novela sur realizada con imágenes: *The Wire*. A lo largo de cinco temporadas, la serie nos muestra como la droga en las calles, el contrabando en el puerto al que el sindicato no es ajeno, la política y la educación, con todo lo que ellas implican, más el periodismo, son las armas que la depredación capitalista utiliza para convertir lo que había sido una ciudad industrial en una ciudad zombi.

The Wire, así como *Homicidio* no tiene mucho que ver con los Tommy Carcetti, Avon Barksdale, Jimmy McNulty o el superhéroe Omar Little; *Homicidio*, al igual que *La esquina* y *The Wire* es la descripción de una ciudad, Baltimore, y esa descripción contemplada desde una perspectiva joven entró a su Unidad de Homicidios y se puso a escribir sobre la América que han dejado relegada, sobre una sociedad en la que el capital y el libre mercado ha desplazado a sus habitantes al rincón de ahorrar lo que podrían haber sido.

Un homenaje a Ricardo Piglia, recluido por razones de salud, se realizó en el Malba con el lanzamiento de *Años de formación*, primer tomo de *Los diarios de Emilio Renzi*—que Piglia viene escribiendo desde 1957—, y la proyección de *327 cuadernos*, un documental de Andrés Di Tella sobre el escritor, crítico y profesor, uno de las voces fundamentales de la literatura contemporánea. Roberto Jacoby, Alan

Pauls, Claudia Piñeiro, Tamara Kamenszain, Lola Arias, Fabián Casas, Tata Cedrón, Germán Maggiori y Andrés Di Tella, entre otros escritores, artistas y personalidades de la cultura se reunieron para ver el documental, que será estrenado para todo el público el sábado 5 de septiembre en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (Malba) y se transmitirá en simultáneo por la TV Pública.



DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTO ■ SLT.TELAM.COM.AR



CONTRATAPA

↳ Luis Soto

La cama

Al despertar aquel lunes de diciembre, Leonel Albornoz llegó al baño en dos saldos, sin pantuflas. Agitada su respiración, el pijama empapado por el sudor, debía atender parejas urgentes: verse en el espejo y erguido en puntas de pie, orinar en el lavatorio. El mofo fue torrencioso, su cama tenía una expresión desoladora. Noche de escuchar jazz con amigos en su casa. Buc Beiderbecke, Sweet Edison, Art Farmer, sólo trompetistas. De pronto se oyó una brusca y un impacto en la puerta de calle, como si la hubieran embestido una topadora. Sin margen para reaccionar, tres tipos coparon el living. Con seriedad profesional empuñaban pistolas calzadas con ese forro que llaman salicilado. “La mercal, ¿dónde está la mercal?”, gritaban, mientras iban tirando al suelo todo lo que sacaban del placar, la biblioteca y frascos y tarros de la cocina. Uno arrancó los cables del teléfono y del equipo de música. “Este negro está drogado”, denunció. Desde la cubierta de un disco lo miraba Clifford Brown. Es posible que antes de posar se hubiera dado un toque de droga dura, la que lo vomitó de la vida a los 25 años. Asaltantes o taqueros, dudaba Albornoz. Sin convicción preguntó si tenían orden de allanamiento. “¿Quién habló?”, dijo el jefe. “Yo”, contestó Albornoz, el otro le sacó un tremendo rodillazo en los huesos. *El Flaco Solder* se le echó encima, le metieron una bala en una pierna. Cayó *El Flaco* sangrando y a patadas lo arrinconaron entre los pedales de un piano. “¡Ejéjéjéjéjé”, pidiendo Albornoz que le cortaran los dedos. Se llevaron 7.000 pesos, un plasma y 2 celulares. El jefe fue el último en irse, salió desenfrente, encendiendo un café. Sentía olor a yuta Albornoz, alguien había marcado su casa. Una gestión lo condujo a Moreno 1.550. “Si la va

de detective justiciero, mañana le invento mercá hasta en el culo”, fue franco un comisario. Albornoz acababa de leer una novela que lo había conmovido. “Mi esposo es un buen hombre, pero lo quiero matar. Todos los días, cada 20 minutos, lo quiero matar”, decía una mujer. Condensa a 72 muertes desde que sale el sol hasta el otro día, calculó Albornoz. Su fantasía volaba. Imaginó la ceremonia del casamiento. Al dictar el compromiso de vivir juntos el cura de Idaho decía “hasta que las muertes los separen”, y hundió al pobre Jim en la ciénaga del plural. El asalto, el consejo del comisario y la vocación de verdugo de la mujer dejaron marcas. “No paran de humillarme, a mí también me balean a cada rato, voy a morir sin llevarme puesto a algún hijo de puta?”, le planteó Albornoz a Enzo, mateando en el patio de la casa del joyero de proyectos delirantes. “Esa podría ser la ley anarquista del talión”, consideró Enzo. Todos sus planes rotaron por la ilegalidad, apuntando a un solo objetivo: hacer guita grande. Hablaba de La Salvación como si fuera una estación ferroviaria, único destino de su viaje. “¿Qué te jode a vos de la vida?”, quiso saber. “Que nunca decidía lo que pago, ni lo que me pagan, que me afane la cama y no tenga revancha. La impotencia queama las tripas”, contestó Albornoz. Una tortuga tomaba sol en un banco. Enzo acariciaba su testa. “¿Sabés qué hacía Darwin con la Chelonia Mydas, una tortuga marina que pesa más de 100 kilos? Veía una dormida en la costa y se le sentaba encima, uno golpea eja la carapaca, la tortuga se levanta y camina hacia el mar para librarse de la carga. Como si donara un potro genioso, el sabio se hatacaba para mantener el equilibrio hasta

que caía riendo en la arena. Si yo hubiera estado ahí le avisaba: pará, boluda, mirá que es Darwin”, bromeo Enzo. Albornoz no entendió. “¿Escuchaste lo que dije?”, tiró. “Sí”, “Y...?” “Grabátele: si no tenés impunidad, no sos libre”, sentenció Enzo. Albornoz solía tomar café en un bar, Florida al 500, viendo par gente que arrastraba urgencias, tics, soledades. Una tarde asomó una cabeza conocida. Hombre de 60 años, piel lechosa, frente amplia. Algo había sucedido entre los dos, no sabía qué, ni cuándo. El otro iba mirando artículos de cuero, lo alcanzó en Córdoba. Podía ser un vecino de Almagro, él había vivido en la calle Inclán. El esfinter de la memoria hizo un esfuerzo y cayó el logajo. Se llamaba Ricci, era dueño de una mueblería. Albornoz le había comprado una cama, que en una de sus separaciones le había quedado a Irma Gaillac, tobillo fino, pezones oscuros. De diez cuotas pactadas Albornoz sólo había pagado una. Sin dejar que se alejara, empezó a hablarle bajito, midiendo tono de voz y distancia para que no oyera. “En cierto modo lo cagué. Me arrepiento. Pero digame qué debe, en realidad, alguien que no paga una cama... El precio, más lo que vivió: sueños, polvos, noches de mierda? No me va a descontar lo que esperaba y no tuve?” “Caminar a un paso de Ricci, blanquear lo que sentía, era como ir recuperando honradez.” “Me costó un intento de suicidio lo que viví en esa cama. Corripo, simulacro de suicidio. Sonría. Ricci, no se haga el duro”, aforaba el humor de Albornoz. Habiera querido que se hiciera y mirara el símbolo de reparación, pero no tenía plaza encima. “Luego de unos meses me iba a poner al día. Pasaron 11 años. En Buenos Aires todo prescribire en 11 años. Equivalen a 23 en Sidney, 39 en Oslo”, extendía el monólogo. Un colectivo

apretó el acelerador precisamente cuando Ricci empezaba a cruzar hacia el Plaza Hotel. Albornoz se abalanzó sobre Ricci, un tacla a la cintura. Cayeron en el asfalto como si fuera un solo cuerpo. Ricci gemía sin soltarse del abrazo. “Le debo la vida”, dijo. “Hice lo que pude”, limitó Albornoz. “¿Qué puedo hacer yo por usted?”, ofreció Ricci. Nada, dijo Albornoz, la sola mención de la deuda ensuciara su gesto. Ricci invitó a tomar algo en el Florida Garden. Charla errática, trabajosa, Albornoz estaba incómodo. Lo animó el segundo scotch. Necesitaba decir “yo le compré una cama”. Lo dijo. “¿Cómo se llama?” “Iruta. Varias cuadas que vengo hablando con usted.” “No escuché. Ahora que lo miro...”, Ricci hizo una pausa, como una sonrisa y disparó: “¿cuántas cuotas debe?” “Albornoz pensaba jugar la charla hacia ese punto, le molestó que Ricci lo llegara. Recordó el axioma del *Bobo* Rabinovich: “La verdad no se dice, se usa”. No añadió: “nuevo”, dijo. “Desde cuándo?”. “Y, 1998.” “Demasiado tiempo. Estaría muy ocupado”. El tono sobador acentó el fastidio: “si tuviera más leche usted ahora sería una estampanilla pegoteada sobre el asfalto.” “Vos...”, empezó a decir Ricci. “A fin de mes cobro el aguinaldo...”, dijo Albornoz. “Vos sos un capador”, acusó Ricci alzando la voz. Inesperada, grosera, la acusación paralizó a Albornoz, agobiado, además, por el murmullo y las miradas de los clientes de la confitería. Humebala la bronca contra Ricci, pero optó por irse. “Hay cigarrillos de 100 lucas, de 50, nunca en el día 20, yo voy a verles escogí a Ricci en una cama rosapa, menos de una luna, y me vengo a masticar este escache”, se castigaba Albornoz en su penosa

retirada. Se acercó un policía. “Tranquilo, señor. Camine conmigo hacia el Bajo”, dijo. “¿Qué, me va a detener?”. “No. Estoy para mantener el orden. Un buchón es tipo, cosas que no se dicen en un boliche lleno de gente. En cuanto no nos vean más, me abro. Tame el 152 en Libertador”. “¿Por qué el 152?” El policía lo tomó del brazo. “Una murga uruguaya actúa en la Boca”, informó. Anduvieron una cuadra, Albornoz saludó, una vuelta a la manzana y entró en una agencia de viajes, en diagonal al Garden. Operación control, Ricci se había parado en la barra. Al rato lo vio salir, iba caminando hacia Maipú. A paso lento lo siguió Albornoz. Llegando a la esquina, guiado por el reflejo de una vidriera Ricci, divisó a su deudor haciéndose el retrato en la otra vereda. Trastabilló al retroceder bruscamente, aguiló la marcha hasta Florida y volvió a meterse en el Garden. Albornoz iba detrás. De nuevo en la agencia, como en un noticiero de los años 60 asomaron las antingas vidrieras de Harrod’s y el enano de uniforme verde que en esa época hacía las puertas de los taxis que iban a la tienda. Una tarde la abuela la Vicenta lo había llevado a tomar el té, rito clásico de Harrod’s. El preguntó: “¿es el del circo?”, antes de poner una moneda en el guante del enano. Siguió secuencia, en el smatatorio Anchorena, había la abuela. “Vos no podés hacerle mal a nadie. Yo te hice tomar la comunión. La comunión es una vacuna. *Bobo*, como la anti-variólica, la anti-hipótesis. La serie completa de seis hostias tomaste. Estás inmunizado”, ya postzada, lo había bendecido la abuela. Albornoz la admiraba, cómo se le había podido ocurrir semejante fibla a los 84 años. Turno de control, por el ventanal del Garden divisó el blazer azul de Ricci. La vacueta sacramental. Una santa la abuela.

